

## **José Hernández**

Astronauta NASA

### **1 de marzo de 2010.**

Criado en una familia de migrantes de trabajadores agrícolas, José Hernández creció realizando la agotadora travesía desde México hasta el Valle Central de California, con su familia, recogiendo fresas y betabel; y hasta el norte de California, donde recogían pepinos, cerezas y duraznos. Mientras sus padres, él y cuatro hermanos se mudaban de pueblo en pueblo, vivían en una choza de dos dormitorios; enviaban a los niños a las escuelas locales durante la semana y hacían que los niños se unieran a ellos en el trabajo en los campos los fines de semana.

A pesar de haber cursado únicamente hasta el tercer grado, sus padres entendieron la importancia de la escuela, y exigieron a José y sus hermanos que trabajaran tan duro en el aula como lo hacían en los campos. Hernández considera a su padre un gran motivador, y recuerda un día cuando él y sus cuatro hermanos estaban especialmente cansados de trabajar. Su padre preguntó cómo se sentían y dijo: “Bien, recuerden cómo se sienten porque este es su futuro si no van a la escuela”.

Hernández tenía unos ocho años cuando vio por primera vez, en el blanco y negro granulado de su televisión, a los astronautas caminar sobre la Luna. Esta imagen de los astronautas flotando en cámara lenta, mientras caminaban sobre la luna, inspiró al niño que sostenía la antena para obtener la mejor recepción posible. Fue entonces cuando nació el sueño. Le dijo a su padre y a su madre que eso era lo que quería hacer, ¡ser astronauta!

Hernández fue aceptado en la clase de la NASA para candidatos a astronauta en 2004. En 2009, a bordo del Transbordador Espacial Discovery, su sueño se convirtió en realidad.



Hay líderes, en todos los aspectos de nuestras vidas, que básicamente nos ayudan en el camino; porque este viaje de convertirse en astronauta e ir al espacio no fue un viaje de un hombre, sino un viaje de una familia, un viaje de profesores, un viaje de profesionales que me ayudaron en el camino para lograr un sueño. Mucha gente siempre pregunta: “Y bien, ¿cómo te convertiste en astronauta? ¿Cuál fue el proceso y cómo sucedió? ¿Cómo pasó, mexicano del barrio? Creciste en Stockton, California. Quiero decir, ¿cómo pasaste de allí a convertirte en astronauta?”

Como la mayoría de ustedes saben, vengo de una típica familia migrante de trabajadores agrícolas, de La Piedad, Michoacán. La gente pregunta: “Entonces, ¿cómo es una típica familia migrante de trabajadores agrícolas?” Bueno, déjame pintarte el paisaje. Muchos de ustedes van a ser capaces de identificarse con mi historia porque muchos de ustedes tienen experiencias muy similares.

Lo que hacíamos cada año, más o menos por febrero, era que estábamos en La Piedad, Michoacán, y mi padre metía a los niños, a los cuatro, en el auto con mi mamá, y viajábamos por dos días hasta llegar al sur de California. Empezábamos a trabajar en Ontario, recogiendo fresas. Partiendo de ahí, viajábamos hacia el norte, hasta el Valle Central, hasta Salinas, trabajando la lechuga y el betabel con el azadón. Luego, pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo en el norte de California, en Stockton, Modesto y Lodi, donde recogíamos pepinos, cerezas y duraznos. Más adelante, terminábamos el viaje con las uvas, durante la temporada de uva. Para entonces ya era alrededor de noviembre. En noviembre, mis padres decían: “Ya está bien. Vamos a volver a México. Es tiempo de las fiestas navideñas; temporada navideña, así que no vale la pena ponerlos en la escuela en México. Queremos que les pidan a sus maestros tres o cuatro

meses de tareas para llevarlo con ustedes a La Piedad”. Así que estudiábamos solos allá. Y en febrero o marzo siguiente, todo el proceso se repetiría.

Pueden ver lo difícil que fue nuestro proceso de educación al principio. Así fue todo el tiempo, hasta que tuve alrededor de doce años. Íbamos a tres o cuatro distritos escolares diferentes durante todo el año escolar, y perdíamos tres o cuatro meses de escuela. Lo que pasó fue que me era muy difícil aprender inglés porque éramos una familia que hablaba español. A pesar de que yo nací en los Estados Unidos, hablaba español en la casa, y eso sí en la escuela: español derecho. No era un español formal. Creo que lo que nos hacía diferentes de la típica familia migrante de trabajadores agrícolas fue el hecho de que mis padres, a pesar de haber cursado únicamente hasta el tercer grado, le dieron mucha importancia a la educación. Lo que los hacía diferentes fue que siempre procuraron que de lunes a viernes fuéramos a la escuela. A donde quiera que íbamos, en tres o cuatro distritos escolares diferentes, nos inscribíamos en la escuela. Pero trabajábamos en el campo sábados y domingos. Mientras que a todos los niños les encantan las vacaciones de verano, pueden imaginarse cómo les temíamos, porque eso significaba que íbamos a estar allí afuera siete días a la semana, en lugar de dos días a la semana.

Mi padre era un maestro para motivarnos. Todos los días después de trabajar en los campos, nos subíamos al auto con nuestros Levi's costosos, porque por la mañana el suelo está empapado y tienes lodo en tu Levi's; al final del día, está seco y se endurece. Te metes en el auto y todos están polvorientos y sudorosos. Todos los días antes de que mi padre arrancara el auto, nos miraba en el asiento trasero y decía: “¿Cómo se sienten?” Decíamos que estábamos cansados. Y él decía: “Recuerden cómo se sienten... porque si no van a la escuela, es lo que van a hacer toda su vida. Este es su futuro si no van a la escuela”. Fue un mensaje muy poderoso que permaneció en nosotros.

Creo que, si mi madre hubiera ido a la universidad, habría sido una gran psicóloga, porque las madres tienen la capacidad de poner la carga sobre ti, de desafiarte. Ella decía: “Ay, mijo, ustedes van a tener una mucho mejor vida que nosotros y ojalá nos pueden ayudar cuando estén grandes”. Ahí están. Haciéndote sentir culpable, ¿verdad? Pero lo importante era que ella siempre hablaba de la universidad. Cada vez que íbamos a una buena oficina limpia, ella veía al señor con corbata y decía: “Mira, así quiero verlos un ustedes, trabajando en una oficina, no en el campo con nosotros”. Ella nos sentaba en la banca y siempre hablaba de cuando iríamos a la universidad. Ella no decía “Si vas”. Ella esperaba que fuéramos. Esos fueron los mensajes poderosos que nos dieron.

La otra cosa que hicieron, que creo que era muy diferente de la típica familia migrante de trabajadores agrícolas, era que se sentaban con nosotros todos los días en casa, mientras hacíamos nuestra tarea en la cocina. Ella nos daba algo para comer y decía: “No se levanten hasta que terminen la tarea”— Y durante el primero, segundo y tercer grado, eso funcionó bien, porque podían ayudarnos con la tarea. Pero para el quinto, sexto, séptimo, ya ni papá ni mamá que la entendieran. Aun así, eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta si terminábamos la tarea. Supongo que mi punto aquí es que, como padres, porque soy padre de cinco hijos, necesitamos pasar tiempo con nuestros hijos durante el proceso de la tarea. No se trata sólo de decirles a los niños: “Oye, mijo, termina tu tarea y déjame ver mi novela”. No es suficiente para que los padres puedan salir con los amigos y tomar unas cervezas. El asunto completo es que tienes que comprometerte, tienen que ser una familia, y tienen que estar juntos.

Muchas veces, ponemos la carga en el sistema de escuelas públicas, pero, ¿sabes qué?, comienza con la familia. Si la familia ha comenzado el proceso, entonces podemos señalar al sistema escolar: “Bien, ¿por qué mi hijo no está haciendo esto?” Una vez que respondas si tú

estás haciendo todo en casa para asegurarte de que tu hijo o hija tengan éxito, entonces creo que podemos responsabilizar al sistema de escuelas públicas. Pero empieza en casa.

La otra cosa que sucedió durante mi educación, mientras andábamos de arriba para abajo en California, en lo que yo llamo el “circuito de California”, fue una visita de mi maestra de segundo grado. Fue asombroso. Era noviembre y era tiempo de volver a México. Fui con mi maestra de segundo grado, muy joven, chinita alta y hermosa, recién salida de la universidad, y le dije: “Vamos a ir a México. ¿Me puede dar tarea para tres o cuatro meses?” Ella había pasado por eso con mis otros tres hermanos, ya que yo era el más joven. La vi rodar los ojos y decirme: “¿Sabes qué, José? Diles a tus padres que voy a ir a tu casa esta noche. Voy a visitar tu casa”. Le dije: “Está bien”. Por supuesto, fui corriendo a casa ese día para decírselo a mis padres, tratando de darles el mayor tiempo posible. Vivíamos a una milla, una milla y media, de la escuela. En ese entonces se podía caminar a la escuela por una milla y media. Ahora, nos arrestan si hacemos que nuestro hijo camine una milla hasta la escuela, ¿verdad? Pero en ese entonces íbamos siguiendo las huellas de llanta y todo, mientras corríamos a casa desde la escuela. Cuando llegué a casa, recibí dos reacciones diferentes de mis padres. Lo primero que dijo mi papá fue: ¿Qué hiciste, muchacho? ¿En qué tipo de problema te metiste ahora?” Le dije: “No, viene porque le dije que nos mudamos a México”. La otra reacción fue completamente opuesta. Mi madre dijo: “Va a venir la maestra, vamos a limpiar la casa y a hacer tortillas de harina. Para darle de comer a la maestra”. Ya sabes cómo son las madres, especialmente las madres mexicanas. Quieren ser lo más hospitalarias posible y preparan la cena y todo para el huésped.

Así que vino la maestra y habló con mis padres con su español limitado; y mis padres respondieron con su inglés limitado, pero recibieron el mensaje juntos en un idioma que mis padres podían entender. Recuerdo lo que ella dijo: “Han de plantar raíces en un lugar, porque

tienen hijos que son muy inteligentes y les gusta la escuela. Denles una chanza para estudiar”. Como crédito a mis padres, tomaron ese consejo y empezaron a hacer de Stockton nuestro hogar. Eso sí, permanecer en un solo lugar es difícil para un trabajador migrante agrícola, porque el trabajo agrícola no está disponible durante todo el año en un lugar en particular. Recuerdo a mi pobre papá, que salía en la niebla, en pleno invierno cuando hacía frío y heladas, y se iba a trabajar podando cerezos, duraznos y todo eso, solo para llegar a fin de mes. No fue una vida fácil después de eso, pero fue un sacrificio que hizo y uno del que nos dábamos cuenta que estaba haciendo.

Desafortunadamente, tengo que confesar que soy lo suficientemente viejo como para recordar el final del programa Apolo. Yo tenía unos siete u ocho años cuando el programa Apolo estaba en marcha. Todo el mundo durante ese tiempo vio a los astronautas en la televisión mientras caminaban sobre la Luna. Nosotros no éramos diferentes. Nuestra única diferencia es que teníamos un televisor viejo con altavoces integrados, con cuatro patas, ya sabes, imagen blanca y negra y muy difusa. A veces aparecía esa barra horizontal y tenías que ir a golpear el televisor para que desapareciera.

La televisión por satélites no existía en ese tiempo, y nosotros no podíamos costear el cable, así que teníamos antenas de orejas de conejo. Cada vez que pasaba algo que era muy importante, —en primer lugar: no teníamos control remoto; así que, adivinen quién era el control remoto: el más pequeño de la familia, aquí su servidor, para cambiar el canal y subir el volumen, y todo eso. Yo hacía todo eso. Y luego, por supuesto, cuando algo importante sucedía, mi padre pedía: “Muchacho, ajusta la antena para verlo mejor” para obtener una mejor recepción— Entonces, ¿qué pasaba cuando agarrabas la antena? Te aterrizas muy bien, ¿verdad? Soy ingeniero eléctrico; sé que te aterrizas muy bien. Y entonces, ¿qué me decía mi padre?

“Arriba. Arriba. Ahí, quédate. Ahora quédate ahí”. Así que, yo trataba de mirar la imagen mientras ajustaba el televisor también, para asegurarme de echar un vistazo a los astronautas. Ahora bromeo con mis hermanos, digo: “¿Ya ven? Fue a través de la ósmosis que las señales pasaron por mi cerebro, y así es como me convertí en astronauta. Los astronautas pasaron a través de mí”. Por eso me convertí en astronauta.

Pero real y verdaderamente fue ahí cuando nació el sueño. Tenía unos ocho años cuando vi por primera vez a los astronautas caminando sobre la Luna. Las imágenes que vi... los oías hablar y oías ese pitido; solo una sexta parte de la gravedad, así que era como que flotaban, en cámara lenta, y luego yo salía corriendo a ver la luna llena. Entraba corriendo y veía a los astronautas caminando sobre la Luna. Hice lo mismo una y otra vez. Estoy seguro de que cualquiera que tuvo ocho y nueve años en ese momento estaban fascinados y querían ser astronautas también. Lo que pasó conmigo fue que me enganché a eso y dije: “Sabes, voy a ser astronauta”. Compartí ese sueño con mis padres, y para darles el crédito, me permitieron soñar. Esa es la otra cosa que no hacemos. No permitimos que nuestros hijos sueñen. A veces ponemos nuestras propias barreras delante de ellos y no permitimos que nuestros hijos sueñen. Mis padres fueron muy comprensivos y dijeron: “Verás, hijo, sólo tienes que estudiar duro y lo puedes lograr”. Sin embargo, estoy seguro de que en su interior pensaban: “Pobrecito. Él no tiene ninguna oportunidad, pero no rompamos su burbuja”. Fui lo suficientemente ingenuo como para pensar que podía ser seleccionado. No era un sueño imposible, y seguí trabajando para ello. Seguí diciendo eso es lo que voy a hacer.

Aquí hay otra cosa: el poder de los mentores, incluso si no conoces a los mentores y solo son modelos para seguir. Estaba en el último año de la escuela secundaria preparándome para graduarme. Sabía que iba a la Universidad del Pacífico (California, Estados Unidos) para



especializarme en ingeniería porque el inglés no era mi fuerte; eran las matemáticas. Debido a mi incapacidad de aprender inglés en los primeros años, migré a las matemáticas, y dos más dos son cuatro en cualquier idioma. Sabía que me iba a especializar en ingeniería. Entonces escuché algunas noticias asombrosas: el Dr. Franklin Chang Díaz fue seleccionado como astronauta. El nombre Chang no me pareció. Chang, ¿qué onda? Pero luego oí “Díaz”. Dije: “Vaya. Eso suena como Hernández: Díaz. Me pregunto si es latino”. Empecé a leer su biografía y noté que fue el primer astronauta latinoamericano en ser seleccionado por la NASA. Tenía un doctorado y venía de humildes comienzos, como yo. Pero vino de Costa Rica. Entonces estaba celoso. Pero, envidia de la buena, un buen tipo de celos. Dije: “Si este vato pudo, ¿por qué yo no?” Si él fue capaz de hacerlo, ¿por qué yo no podría? O sea, parecía un *homie*, como yo. Fue ahí que me prometí a mí mismo que haría todo lo que estuviera en mi poder para ser seleccionado como astronauta. Si eso significaba ir a la escuela de posgrado y obtener títulos avanzados, eso es lo que iba a hacer. Por supuesto, ahí es donde tuve la bendición de conocer a mi buen amigo, Tony Cárdenas.

Fui y terminé la escuela de posgrado y empecé a trabajar en el Lawrence Livermore National Laboratory (Laboratorio Nacional Lawrence Livermore). Trabajé en tres grandes proyectos allí. Trabajé en el proyecto Star Wars, el desarrollo del láser de rayos X, lo que significaba que los equipos electrónicos se desplegarían en el espacio. Eso me permitió aprender mecánica orbital. Después trabajé en un proyecto de mamografía, desarrollando el primer proyecto de mamografía digital de campo completo para la detección temprana del cáncer de mama. Esto abrió un nuevo campo de estudio en el desarrollo de algoritmos de detección de cáncer para imágenes en el procesamiento digital y por imágenes. Trabajamos con una empresa

en Denver, Colorado, Fischer Imaging, y les ayudamos a desarrollar el primer sistema de campo completo de mamografía digital.

Mi tercer trabajo completó el círculo. Trabajé con los rusos. Pasé dos años en Washington en el Departamento de Energía trabajando en la no proliferación nuclear, donde básicamente ayudamos a los rusos a deshacerse del material nuclear. En ese proceso, pude aprender un poco de ruso.

La razón por la que hice eso fue que, durante todo ese tiempo, yo estaba presentando solicitudes a la NASA para entrar en el programa de astronautas. Cada año me preguntaba: “José, ¿qué has hecho diferente para hacerte más atractivo para la NASA, para que te conviertas en astronauta?” Si no podía responder a esa pregunta, me decía: “Estás aflojando, amigo. Tienes que hacer algo diferente. Tienes que mejorarte a sí mismo”. Por eso no fue un accidente que empezara a trabajar en el proyecto de Star Wars, porque eso estaba relacionado con el espacio, y el área médica. Cuanto más sepas sobre tu cuerpo y medicina, mejor para la NASA, porque hay mucho autocuidado, autogestión, automedicación en el espacio, cuando no tienes un médico.

Luego, trabajé en el proyecto de no proliferación nuclear porque fue durante ese tiempo que los Estados Unidos y Rusia habían firmado un acuerdo para desarrollar una estación espacial internacional. Sumé dos más dos de inmediato. Cuando este proyecto se me presentó para trabajar con los rusos y aprender el idioma y la cultura, inmediatamente me embarqué en él porque dije: “Esto es lo que me hará más atractivo para la NASA”. Presenté mi solicitud durante seis años seguidos, y siempre recibía una carta formal que decía: “Oye, no nos llames. Nosotros te llamaremos”. Fue hasta el sexto año cuando me entrevistaron. La forma en que funciona el proceso es que más de cuatro mil personas aplicaron al programa de la NASA para astronautas. De esos cuatro mil, seleccionaron a trescientos. Revisaron sus referencias. De esos trescientos,

seleccionaron a cien afortunados para ser entrevistados durante una semana entera en la NASA. Estas cien personas se sometieron a una serie de exámenes psicológicos y físicos en los que te pinchan y te empujan por y para todas partes, los hombres mayores de cuarenta años saben de lo que estoy hablando. Después, te entrevista un comité. Finalmente, todo el mundo se va a casa y espera para escuchar los resultados. Me volví un poco arrogante porque estaba en los últimos cuarenta. Por supuesto, después recibí la noticia de que no me seleccionaron.

Pasaron los siguientes dos años para la siguiente selección, y me entrevistaron de nuevo. Año ocho, y sucedió lo mismo: llegué a los cuarenta finalistas, y ni mangos, no conseguí nada. Estaba terminando mi rotación de dos años aquí, preparándose para volver a California, al laboratorio Lawrence Livermore, cuando recibí la noticia de que no me seleccionaron en el octavo año. En cambio, recibí la invitación de ir a trabajar para la NASA como funcionario civil. Pero la invitación vino con algunas advertencias. Ellos dijeron: “Bueno, tienes que volver. Tienes que venir a trabajar para nosotros como ingeniero. No hay garantías de que te entrevistaremos otra vez. Solo queremos echarte un mejor vistazo; así que, estamos dejando claro que ni siquiera vamos a garantizar que te vamos a entrevistar. Por cierto, tienes que aceptar una reducción de sueldo, y tienes que mudarte a Houston”.

Bueno, se pueden imaginar lo bien que me fue con mi esposa en ese tema. “Oye, cariño, no vamos a tener California y su buen clima. Vamos al caliente y húmedo Houston. Por cierto, no puedes gastar más dinero. Tienes que apretarte el cinturón”. Pero siendo honestos, de hecho, ella fue la que me animó, porque yo siempre procuré a la familia primero. Tenía trece años en el laboratorio Lawrence Livermore, y una buena carrera con una buena trayectoria, que fue lo que me trajo al Departamento de Energía, así que podía regresar y supervisar un programa. Tuve que renunciar a todo eso.

Mi esposa me dijo algo que no he olvidado: “Siempre vas a tener el gusanito”. Siempre vas a tener ese pequeño gusanito dentro de ti que siempre te preguntará, royéndote: “¿Y si...? ¿Y si no aceptaras ese trabajo? ¿Qué pasaría?” Era obvio que, si no aceptaba ese trabajo, no me considerarían en el futuro. Eso se me quedó. Ella me dijo: “No te descalifiques tú mismo. Deja que ellos te descalifiquen. No tomes la decisión de no ir. Vamos. Haremos que nos alcance para cubrir los gastos cada mes. Vamos a estar bien en Houston. Si no te gusta, entonces nos regresamos a California”.

Tomé ese riesgo en el octavo año. En el año 2000, trasladamos a la familia a Houston en el entendimiento de que iba a haber una selección en 2002. Bueno, cancelaron esa selección y no hubo otra selección hasta 2004. Lo que comenzó como un experimento de dos años, fue un experimento de cuatro años. Pasé cuatro buenos años allí, y terminé siendo el jefe de la rama de Materiales y Procesos. De hecho, nosotros fuimos los que trabajamos en el accidente del transbordador espacial Columbia; debido a que hacíamos trabajo forense y pruebas no destructivas, mi equipo fue fundamental en la reconstrucción del accidente y para encontrar la causa raíz. Eso me dio visibilidad a nivel gerencial, y cuando surgieron las nuevas selecciones en 2004, fui seleccionado. Pasaron doce años desde que empecé a presentar la solicitud para entrar al programa y tres entrevistas, antes de que finalmente me seleccionaran como astronauta de la NASA, en 2004.

Obviamente, cuando te seleccionan por primera vez como astronauta, no eres elegible para asignación de vuelo, porque acabas de llegar de afuera. Eres un “candidato a astronauta” y tienes que entrenar durante dos años. No fue hasta 2006 que nos graduamos y nos convertimos en lo que llamamos un astronauta con tarjetas, elegibles para asignación de vuelo. En 2008 obtuve mi primera asignación, STS-128, para volar a bordo del Discovery; la fecha para el vuelo

fue el año pasado. Entrenamos durante unos catorce meses, siendo una tripulación de siete personas, y ejecutamos la misión número ciento veintiocho de los transbordadores espaciales; el nuestro fue el Discovery, que era la misión número treinta y dos, y voló del 28 de agosto al 11 de septiembre. Durante esos catorce días, estuvimos en el espacio y recorrimos la Tierra doscientas diecisiete veces, aproximadamente a 17 500 millas por hora, y viajamos un total de 5.7 millones de millas. Hay dos cosas que siempre digo al respecto: 1) Me gustaría que hubiera un programa de viajero frecuente para eso, y 2) para las damas, tengo muchas millas recorridas, pero no se preocupen por eso.

La experiencia de subir al espacio es... Simplemente no se puede poner en palabras. Es uno de los sentimientos más asombrosos del mundo. Permítanme sentarles las bases para el lanzamiento. Te vistes con tu traje presurizado naranja calabaza, te atas al asiento, y entonces, hay cerca de tres horas agradables y tranquilas, donde incluso puedes tomar pequeñas siestas, antes de la cuenta regresiva para el lanzamiento. Estás ahí, y tienes tiempo para hacer las paces con tu Creador, si lo deseas; y empezar a reflexionar. Uno de los mejores sentimientos que tuve mientras estaba sentado allí, fue mirar a mis compañeros y pensar: “Cuando yo tenía la edad de mi hijo, quince, yo estaba afuera recolectando pepinos durante el verano. Hoy estoy aquí, representando a los Estados Unidos como astronauta. ¿Qué tan genial es eso?” Verdaderamente este es un gran país donde puedes hacer realidad tus sueños.

A medida que la cuenta regresiva llega a cero, pasas del silencio total a todo rodando y traqueteando. Mucho ruido. Soy el ingeniero de vuelo, y voy sentado justo detrás de los dos pilotos. Tengo el mejor asiento de la casa, pero también soy el más ocupado durante esos ocho minutos y medio de la fase más dinámica de vuelo: despegar y empujarnos al espacio. Siento el empuje y me persigno, dibujo la cruz sobre mí. Soy un hombre religioso, y por ese milisegundo

me siento asustado; verdaderamente me siento asustado por ese milisegundo. Me digo a mí mismo: “¿En qué me metí?” Pero después de eso, ya hemos despegado, y vemos la plataforma de lanzamiento a un lado, y la torre, y nuestro entrenamiento toma el control. Es asombroso. Empiezo a atender todos los instrumentos y a asegurarme de que estoy alcanzando todos los momentos importantes requeridos, convirtiendo los ocho minutos y medio en vuelo dinámico. Para mí, es la mejor atracción de Disneylandia en la historia. Llegamos al espacio en esos ocho minutos y medio, y, de repente, estamos flotando, las cosas están flotando; todo se calma, y ahora nos desplazamos a 17500 millas por hora alrededor de la Tierra, lo cual es verdaderamente extraordinario, verdaderamente extraordinario.

Nos unimos a la Estación Espacial Internacional. Nos llevó un día acercarnos a ella y completar el acoplamiento. Realizamos tres objetivos principales: intercambiamos a una de nuestras tripulantes, Nicole Stott, una ingeniera, por Tom Kopra, que había estado allí por cuatro meses. Realizamos tres caminatas espaciales. También transferimos siete toneladas de equipo y material, incluyendo equipo de ejercicios para la tripulación que iba a permanecer en la Estación Espacial Internacional.

Durante el tiempo que estuvimos acoplados, éramos siete personas del transbordador espacial y seis de la estación espacial; un total de trece astronautas allá arriba, en un espacio similar al de una casa de cinco recámaras. Trece de nosotros representando a cinco países diferentes. Yo digo seis países, si incluyo a México (siempre incluyo un boleto de entrada para México). Llevamos a cabo nuestra misión durante esos catorce días; desacoplamos el transbordador; regresamos a casa y tuvimos un aterrizaje impecable. Terminamos aterrizando en la Base de la Fuerza Aérea Edwards. Hubiéramos preferido aterrizar en Florida, en el Centro Espacial Kennedy, pero el clima no lo permitió, así que lo hicimos allá. Tres horas más tarde,

llevé a toda la tripulación a un restaurante llamado Domingo's. Disfrutaron comida mexicana con una cerveza. La vida era buena.

Mucha gente me pregunta: “Bueno, ¿qué vas a hacer ahora, José? ¿Cómo puedes superar eso?” Bueno, voy a mudarme aquí, a Houston, para una asignación, de seis meses a un año, en la sede de la NASA, en el desarrollo de la Oficina de Asuntos Legislativos. Trabajaré con nuestros legisladores para difundir las buenas noticias de lo que hace la NASA, con respecto a nuestra misión y objetivos.

Como saben, el presidente Obama cambió los objetivos de la misión de la NASA hace poco. De hecho, estamos muy emocionados con eso. Mucha gente piensa que el presupuesto se redujo. Por el contrario, creo que el presupuesto se incrementó. La Estación Espacial Internacional, que estaba programada para cerrar en 2015, permanecerá hasta 2020. Vamos a llevar a cabo mucha más investigación científica. Lo que sí cambió fue el programa Constellation (Constelación): una estructura similar a la Apolo, con una cápsula, que nos iba a llevar a la Estación Espacial Internacional y, desde allí, a la Luna. Íbamos a establecer una base con un puesto de avanzada, en un proyecto a largo plazo, para aprender a vivir en la Luna durante largas temporadas, con la esperanza de desarrollar la tecnología que eventualmente nos permitiría ir a Marte. Eso fue desechado. En cambio, lo que está haciendo el presidente es distribuir los recursos de ese programa entre empresas privadas, para que podamos estimular la tecnología y que se comercialice. Estas empresas pueden desarrollar sus propios vehículos, y tendríamos acceso a vehículos. La esperanza es que las cosas se moverán mucho más rápido y su desarrollo será más barato. Así, que estamos muy emocionados con ello.

Por último, me gustaría decir que me tomo mi papel de mentor muy en serio. Me gustaría ser el mentor que Franklin Chang Díaz fue para mí. Para cerrar la historia con Franklin Chang

Díaz: cuando me entrevistaron por tercera vez en 2004, él estaba en el comité y tuve la oportunidad de conocerlo. Durante la entrevista, le conté la historia de cómo me inspiró. Ciertamente, me tomo muy en serio mi papel de mentor; hablo con los chicos y chicas y los animo a permanecer en la escuela. Tengo una fundación llamada José Hernández Reaching for the Stars (José Hernández Alcanza las Estrellas). Lo que tratamos de hacer con esa fundación es muy simple: tratamos de aumentar el número de niños y niñas interesados en la ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas (STEM, por sus siglas en inglés). Nos corresponde aumentar esos números, porque, si vamos a ser el número uno y quedarnos en la posición número uno, desde una perspectiva técnica, necesitamos aumentar el número de niños y niñas que se están dirigiendo hacia la ciencia y la ingeniería; especialmente a los hispanos y otras minorías. Si vamos a seguir siendo competitivos en este mundo, tenemos que involucrar a todos los segmentos de la sociedad para obtener una buena educación. Eso incluye a nuestros chicos y chicas latinos. Tenemos que involucrarlos. Específicamente, tenemos que involucrarlos en las áreas STEM. Tenemos que involucrarlos en la ciencia, porque eso es lo que hace grande a nuestro país. Eso es lo que nos permite ir a la Luna y volver; eso es lo que nos permitirá ir a Marte. Tenemos que seguir motivando a nuestros hijos a seguir adelante y obtener una buena educación.

Básicamente, hay una receta simple para el éxito. En primer lugar, debes tener una base fuerte, que comienza en hogar. Debes tener un sueño. Tienes que alentar a tus hijos e hijas a soñar, y luego a convertir ese sueño en un plan. Después, proporcionarles una buena educación. Agrega perseverancia, ganas y corazón. Pones todos esos ingredientes juntos y: “el límite no es el cielo, lo son las estrellas”.